

Diario de la sequía en la antigua tierra de la garúa

Jean Palavicini

I

¿Por qué pasa y no fecunda?

¿Acaso resistís a caer donde escurrirás
de canales a ríos agonizantes?

¿O preferís caer más adelante
y hacerte río
de donde se beba?

Sabia en lo que tienes de dádiva
tocando raíces de otros parajes,
enseñas la sequía a la tierra
antes preferida
donde habitabas siempre fina.

II

Dicen mucho de vos.
Hay quien diga
que así esquiva
nos evitas.

III

Noches del follaje en marullo
cuando el viento hace días soplando
es heraldo de la lluvia lejana
desde mucho soplada y no vista.

A lo lejos con sus gestos de aire
haciendo que viene y se va
compone la danza que inspira

sus celestes bailarinas que le parecen invocar.

Árboles en el círculo de sus pasos
abren las manos de las ramas
sobre un lecho de semillas.

De la cumbre de sueño de la noche encubierta
nos despierta un sudor de lluvia mínima,
mínima, tan mínima que ya no cae.

IV

Amanecer fecundo.

Depararse con árbol todo en flor
sin verde alguno de hoja.
Ramos vestidos de pétalos blancos
como nube al ras del piso.

¿Bastará tan breve caricia tuya
para los brazos desnudos
sobre el pasto seco
ponerse, finalmente, en nupcias?

Pomo donde se desprenden besos
pálidos cálices de pluma mojada
en lento-etéreo gotear,
abandonando los ramos
en busca del espeso charco blanco
sombra de árbol
donde la larga espera de la flor descansa.

V

Qué sorpresa, en la madrugada,
en medio a la sequía de aquel silencio
que parecía ensordecir las raíces de la primavera,

sentir un breve salpicar

del inmenso charco del universo.

¿Habrá una nube tropezado?

VI

Dando tan poco
ya tanto cambia.

Alrededor, en las ramas en pelo,
el Zorzal y el Benteveo
rinden encanto

es cuando la vida toda,
de repente,
se parece a una plegaria
que celebra

y agradece.